

HISTORIA DE LA LIBERTAD *

Antonio GALA

Tres palabras de gratitud: la primera al Instituto Interamericano de Derechos Humanos que me ha proporcionado la oportunidad de estar hoy con vosotros. La segunda, para los excelentísimos señores que han acudido a esta cita, y para los presentadores cuyas palabras han sido, como siempre, mucho más amables que imparciales. La tercera, para vosotros mismos que os habéis tomado la molestia de venir a acompañarme esta tarde y de transformar este teatro de San José en un cuarto de mi casa. Muchas gracias de todo corazón.

Siempre me fascinó ver cómo se trenzan el apasionado deseo de la libertad y el apasionado temor a la libertad. Kierkegaard definía la angustia como el temor de lo que se desea: de ahí que angustia y libertad coincidan con frecuencia, y de ahí que existan pocos temas tan intrínsecamente dramáticos. Yo lo traté en una pieza teatral mía titulada «El cementerio de los pájaros» y en otra, titulada «Séneca o el beneficio de la duda», el protagonista dice: ¡ Libertad!, qué cansancio me produce esa palabra. ¿ Qué es lo que significa y para quién? Para unos la eficacia de un gobierno; para otros, la garantía de que podrán ganar y derrochar; para

* Teatro Melico Salazar, San José, Costa Rica, 27 de julio de 1994.

otros, la posibilidad de expresarse sin censuras; para mí, el consentimiento a un orden muy superior a cualquier gobernante. Porque, ¿de qué sirve una forma de gobierno? ¿Mejora acaso al hombre? Toda mejora es interior: la política es solo una ayuda indecisa. La libertad es, en consecuencia, un concepto ambiguo y discutible. Casi un inefable. Son demasiadas las interrogaciones que suscita y, sin embargo, insuficientes las reflexiones que sobre él se hacen. No es algo con lo que, de manos a boca, podamos tropezarnos en la calle, ni tampoco es algo que pueda ejercitarse en soledad. Para existir requiere presupuestos casi contradictorios, y también para dejar de existir. No es verosímil que nadie sea forzado a ejercerla; pero tampoco que a nadie, en el último fondo de su alma, le sea arrebatada. Por eso se plantean tantas cuestiones clave en la historia de este mito, tan inasequible como interminable, al que llamamos libertad.

Porque, ¿en qué consiste? ¿Es algo positivo que se posee y se goza? ¿Es más bien, una ausencia de apremios que, al cesar, nos permiten movernos con soltura? Y tales apremios, ¿son siempre exteriores o proceden a veces de nuestro interior? Es decir, ¿será la libertad el resultado de una batalla que el hombre riñe con la sociedad o el resultado de una batalla en la que cada hombre es el campo de batalla y el enemigo a la vez? ¿Qué es lo que impulsa al hombre a luchar por la libertad hasta la muerte? ¿Y qué es lo que lo impulsa a doblegarse ciegamente a otros también hasta la muerte? ¿Puede la libertad ser una carga tan gravosa que sea insoportable para alguien? ¿No es, por tanto, siempre una liberación? ¿Puede afirmarse que el hombre actual es libre? ¿Puede afirmarse que se engaña incluso cuando dice «quiero ser libre»? ¿La libertad es igual para todos? ¿No entenderemos a quienes -es tan corta la vida- desean sojuzgarse bajo una esclavitud que les permita vivir cómodamente? ¿Ha de ser cada hombre un héroe, un sísifo incansable ascendiendo en vano hacia su libertad día tras día? En definitiva, ¿se trata de un instrumento o de una esencia? Se trata de una contingencia o de una necesidad? ¿Y será tan esencial como para definir lo que es humanidad; tan esencial como para distinguir al hombre de los demás seres? Somera, breve, cordialmente vamos a intentar responder a estas preguntas.

El hombre trasciende el mundo natural: es una vida consciente de sí misma. (Un naufrago ahogándose en el mar es más grande que el mar,

porque el naufrago sabe que se muere y el mar no sabe que lo mata) ¿Qué es lo que sobrepone al hombre sobre la Naturaleza? Creo que una parte preternatural que en un momento no dado, sino conseguido, adquiere peso y talla; una resolución que puede apartarlo del instinto, lentísimamente fijado por la especie, o puede permitir elegir la manera de satisfacerlo; la oscura capacidad de suicidarse contravinando todo orden; el lujo de condimentar y guisar los alimentos antes de nutrirse con ellos. O sea, el hombre solo es hombre cuando es libre: de obrar o de no obrar, de elegir o abstenerse, de amar o de ensimismarse. Libre de, liberado de. Ese es el punto de partida, ese es el primer paso que da, balbuceante aún, a tientas aún, la libertad. El hombre se desliga de su parte animal. Adquiere noticia transmisible de sí mismo; supera al obediente que lleva dentro, inventa, crea, se defiende de la Naturaleza, progresa, y avanza progresando hacia su muerte, cuya ala inmóvil le ensombrece la vida.

Esto lo saben todas las cosmogonías. Desde las orientales a las historias simbólicas de Deucalión o de Prometeo. El hombre que hoy somos comienza con un grito. Se rebela contra sus dioses. Transgrede un mandato que lo tenía adormecido en un edén inmóvil, en un edén dócil como un animal doméstico y mimado. Pero Prometeo arrebató el fuego de los cielos en un gesto blasfemo. Pero Adán muerde el fruto del árbol prohibido: el árbol de la ciencia del bien y del mal, del conocimiento y de la responsabilidad, o sea, el árbol de la razón. El hombre ha alargado la mano, ha cogido una fruta y la ha comido. Ya ha comenzado todo. Con la desobediencia a cuanto, desde dentro y desde fuera, le exigía una ciega sumisión. A su alrededor todo seguirá igual: aves, florestas, fieras, montañas y estaciones. Pero nada volverá a ser ya igual para el hombre. El primer gesto libre es, por tanto, un gesto racional de insubordinación. (De ahí que para muchos eclesiásticos la libertad sea el equivalente del pecado. Aunque, para ellos mismos, sin libertad no haya ni verdadero cielo ni verdadero infierno, ni verdadera vida que los valga.) El hombre, expulsado del monótono edén, se convierte en jugador de su destino: un destino trágico (la vida es una historia que siempre acaba mal, puesto que siempre acaba). Se ha enfrentado a los dioses; sabe que está desnudo; siente vergüenza y frío y pasión y hambre. Es más débil que otro animal cualquiera; y es, no obstante, rey de todos. El primer acto humano es quebrantar un mandamiento. Es posible que, con dolorosa y excesiva

frecuencia, ser hombre consista en revelarse y, ser libre consista en sublevar la frente y en recibir el insaciable y penoso castigo de los dioses. Ser libre es elegir, pero también hacerse responsable por haber elegido de lo que se ha elegido.

Ya es libre el hombre: de los dioses, de sus temores y de sus desconsuelos, de los embriagadores paraísos y de la primitiva Naturaleza. ¿Y ahora qué? Porque el libre está solo: no forma parte de una manada o de un rebaño. Es individuo distinto de los otros, y sociable. La sociabilidad es tanto su esencia como su libertad. Busca a los otros para protegerse; necesita relacionarse con el mundo exterior; huye del aislamiento... Así aparece la primera condición y la primera prueba de su libertad. La soledad conduce a la inhumanidad; la libertad se ejerce entre los semejantes. Ni Robinson Crusoe está solo en su isla: está con su esperanza, (la esperanza de la huella de un pie humano en la arena). Está con Viernes, o con el resentimiento de Viernes. Está con la ilusión de contar a los otros su aventura. El hombre solo deja de ser un hombre. El Zoon politikón de Aristóteles no debe ser traducido por animal político, sino como animal sociable. Pero, ay, será esa misma sociedad por él formada la que comience como los dioses antes, como la Naturaleza antes, sino que de otro modo a plantear problemas a su libertad: la sociedad empieza a coartarla, a frenarla, a dirigirla. De forma parecida a la del amante que, elegido el amor con libertad, tiende las manos fiel a su cadena, intrépido y cautivo a la vez, libre para dejar de serlo, libre hasta dejar de serlo. Una turbia y reiterada expresión de la libertad.

Así se plantea la distinción primera. De un lado, la libertad de, el punto de partida, la que rompe los lazos irracionales; la que en apariencia válida, consiste en una especie de proclama interior, imposible de ser arrebatada por tiranías o por inquisiciones. (En principio, solo en principio; ya veremos cómo infortunadamente no es así. Un hombre que no tiene cubiertas sus necesidades biológicas está animalizado todavía: *primun vivere de inde, filosofare o liberare*. Una gran parte de la humanidad para vergüenza nuestra, es todavía infrahumana.) De un lado digo, la libertad de. De otro lado, la libertad para. Porque la libertad no es un concepto estático, no es un concepto teórico: surge en función de una actividad, de un desenvolvimiento, de una realización. Y cuando el hombre libre actúa en sociedad, se enfrenta o colabora, coopera o litiga con otros hombres libres. Esa es la raíz de sus dificultades y también lo que los diferencia

unos de otros en tres grupos principales. En el primero, está el hombre que prefiere su libertad a cualquier otra cosa, la primogenitura de su libertad a cualquier plato de lentejas; ese hombre entiende que, por absolutas que sean las fuerzas opresoras, nadie debe abdicar de la obligación de ser libre; ese hombre entiende que quien se opone a la libertad -así sea uno mismo- comete el más grave de los crímenes: atentar contra la esencia del hombre. Esta palpitación, vital y mortal, es la que lo define. Tal hombre buscará prosélitos, porque comprende que, mientras quede alguien que no sea libre, no seremos de verdad libre ninguno. Y se debatirá luchando quizá en balde, a conciencia de que el ejercicio de la libertad no es una defensa, no es un ataque, es un aprendizaje largo, común y solidario... Pero junto a él hay otro grupo, el de los hombres que se resignan a las exigencias de una sociedad transformada en enemiga de quienes la componen. Que se resignan a los recortes de libertad, a la estandarización inevitable (porque se gobierna mejor a un rebaño que a una suma de individuos distintos), que se resigna al igualamiento de las puntiagudas e impredecibles aspiraciones de los hombres. Hay otro grupo finalmente: el de los que buscan con un ciego horror vacui, la sumisión, el comatoso olvido en la masa, la vuelta al paraíso anterior a la razón y a la libertad, la descansada dimisión en conductores, en líderes, en jefes, en fanatismos, en religiones, en ideologías.

Miremos cómo avanza la historia colectiva, nuestra historia. Por hablar de nuestra área cultural, en la Edad Media el hombre goza de muy pocas libertades, aparte la de salvarse o condenarse en otra vida, no en ésta. Pero está acompañado: pertenece a un pueblo, a un dueño, a una estabilidad geográfica, a un oficio y a un gremio que marcan los precios y el mercado; a un status dentro de su ciudad y su trabajo. Las restricciones de la individualidad son excesivas. Hasta que llega la aurora del Renacimiento. En ella brota como una flor indecible, la dignidad del hombre y el orgullo de serlo, la búsqueda ardorosa de la fama entre sus semejantes vivos o futuros, el ansia por belleza, que es un sentimiento inédito hasta entonces; el afán de un trabajo ennoblecido y personal, firmado por sus propios autores, no como en los anónimos artesanos medievales. El Renacimiento es como el gran salto hacia la individualización, hacia la diversificación de la libertad que se va concretando en otras libertades: la religiosa, la sociológica, la laboral, la intelectual, incluso la viajera. El mundo sufre la conmoción de conocerse a sí mismo redondeándose con

América, y el individuo se descubre a sí mismo también y se endiosa. Florece entonces la semilla del hombre en plenitud. Del que no ve la cara de ningún dios y, a pesar de eso, anhela la serenidad para actuar serenamente; del que no se cubre las espaldas con otra vida póstuma y, a pesar de eso, vive valerosamente ésta. Germinó el individuo. El aprendió a ver. Y se vio más pequeño y más grande que el mundo. Percibió que el Universo estaba vivo, y que se le brindaba. Todo a su alrededor fue signo, enlaces misteriosos, entropías, analogías, simpatías, desconocidas correspondencias sutiles. Y, él en el centro, cambiante y perceptible, capaz de ascensiones y descensos, replicador e interrogante a la vez, colocado, sin patria fija, entre el cielo y la tierra; reclamado por la inmortalidad; libre de darse forma y libre también de deformarse, de buscar la bondad o la maldad. O libre de sentarse a comer y a beber aguardando la muerte. Percibió, sobre todo, que su razón personal no tenía por qué adherirse sin condiciones a la del Universo, y que de una y de otra debía salir la explicación de ambos. Y dedujo dos consecuencias costosas y fulgentes: que el destino podía ser escrito por cada uno, y que cada uno era absolutamente responsable de sí mismo. (Porque la falta de responsabilidad individual es muy atractiva: se descansa en ella, pero es también un error y una derrota) Por lo tanto, con el Renacimiento la vida se transformó en una aventura peligrosa y plena de sentidos, que había que vivirse con pasión, de uno en uno, sin delegar en nadie. Eso fue lo que hizo nacer la soledad.

Pero además, ¿pensaron así todos los hombres? El Renacimiento fue promovido por nuevos impulsos económicos. Los que no disfrutaban del poder o de la riqueza se vieron sometidos más aún que antes. Cohabitó el individualismo con el despotismo; se afirmaron las desigualdades; se desmesuró la libertad hasta la tiranía. El Renacimiento fue una cultura de ricos y de nobles y de artistas; de hombres fuertes, de espíritus capaces de soportar la duda, de soportar la soledad interior, el peso de los anhelos estéticos, y el balbuceo de una época nueva, que es siempre peligroso. Los pequeños comerciantes, los burgueses modestos, los contentadizos, ¿qué pintaban allí? No participaron de la fiesta y, por añadidura, habían perdido el sosiego medieval, es decir el acatamiento que compensa tanto a muchos; habían perdido la vida como una herencia estricta, establecida, transmisible de padres a hijos; habían perdido la fe del carbonero, sin aristas ni dudas; habían perdido el inmóvil orden social convertido casi

en orden natural; el destino trazado de antemano; el destino avanzando por rieles, como una vagoneta, sin sorpresas, hasta el infierno o hasta el cielo. Entonces, para ellos todo había estado claro: Dios nos ama; somos una tesela en un infinito mosaico; al nacer se designa nuestra misión y nuestro sitio: familia, feudo, tarea, ciudad, nación, lengua. Se puede ser un hombre casi sin despertarse. Pero el Renacimiento hizo añicos semejante somnífero. Sembró el desastre; envenenó las relaciones humanas. Los campesinos, los medios y los bajos ciudadanos, los jornaleros, los comerciantes desdeñados veían una fiesta a la que ellos no habían sido, al parecer, invitados. Y ese movimiento social de insatisfacción fue lo que con el primer y más mínimo pretexto provocó la Reforma protestante.

En la Reforma el tiempo es ya oro: las campanas de Nuremberg comienzan a tocar los cuartos de hora; el trabajo se transforma en una palanca de afirmación y crecimiento; se desdeñan las instituciones eclesiásticas por su improductividad, y por la esterilidad de sus bienes de manos muertas; reinan el principio de la eficacia y la persecución del éxito. (El éxito como signo de la predestinación favorable de Dios y su reflejo en este mundo.) El individuo no es ya invariable, había echado por aire las férreas estructuras sociales y económicas. El individuo ya no es invariable, puede medrar, apoyarse en su esfuerzo, quebrar las tradiciones. En definitiva, puede ser libre. En este instante, el hombre cambia de carácter, sobretodo en las sociedades anglosajonas: el trabajo se erige como eje vital y como camino de salvación; aparecen el ahorro, el ascetismo, el concepto omnipresente del deber, el puritanismo de las costumbres, la tendencia a ofrecer la propia vida para los fines de un poder extrapersonal y superior; y se multiplican también las consecuencias que son la indefensión, la soledad, el anonadamiento. Se es libre pero a costa de muchas renunciaciones, bajo muchas sollicitaciones. Y así el hombre de esa época echa los cimientos del moderno capitalismo, que es el camino que conduce a nosotros.

Al liberar espiritualmente al hombre, el protestantismo inicia una tarea que el capitalismo concluyó. La libertad económica se consigue a través de la diligencia, de la capacidad, de la austeridad, del valor, de la suerte. Al final, el éxito o el fracaso, pero cualquiera puede llegar a ser cualquier cosa. (Hasta presidente de los Estados Unidos. Y en efecto, cualquiera puede serlo: no hay más que ver la lista última de los

presidentes; es decir el self-made-man tiende a confundirse con el superman.) Se abandonan las supersticiones celestiales o infernales: el combate está aquí; la Naturaleza es dominada, regulada, explotada, los hombres reciben idénticas oportunidades. Perdieron el pavor pero también perdieron la ilusión. La economía es la reina; pero tiene una suplemente: la libertad política. La Revolución Francesa, la revolución industrial inglesa, la guerra de Independencia de los Estados Unidos, conforman el Estado democrático moderno. En él el hombre puede desligarse de la política para seguir trabajando acaso en asuntos más serios; sin embargo, elige a sus representantes y cuida así, de lejos, del bienestar general (que repercutirá, sobre todo si se malogra -cosa que sucede en este momento en España-, en su bienestar personal).

El protestantismo produce también un efecto negativo, que el capitalismo recogió. La iglesia católica era un puente entre Dios y los hombres: un puente vicario, un puente aprovechado, un puente simoníaco, pero consolador. El protestantismo -con el libre examen, la libertad de pensamiento y de obra y la gelidez de la teoría calvinista de la predestinación- deja a los hombres frente a Dios. En el catolicismo Dios era amor; en la Reforma Dios omnisciente, sabe quién se condenará, quién se salvará, y a pesar de su omnipotencia no lo ayuda. El implacable rigor de tal sanción sin modificación posible consterna el alma del hombre. Se siente más aislado que nunca, más abandonado a sí mismo en el reino de este mundo, que es el único que depende de él. Aquí sí cabe la lucha, si se conocen las fuerzas de los contrincantes, y se evitan los desvaríos económicos de la colectividad si se tiene bravura y gusto por el riesgo. La vida se transforma en una compra-venta: puede ganarse en ella, pero están todos frente a uno. Uno es el centro y el fin de esta sociedad. Todo lo hace para sí; el autointerés es todopoderoso y una deformación del egoísmo hace que el capitalismo caricature esa insignificancia humana que consagró Calvino. El insignificante, para sobrevivir, se hipertrofia y se hincha. Pero hipertrofia e hincha un ego, el yo social, no el yo real. (Luego hablaremos de eso: un ego que no lo representa y que no lo define.)

En la Edad Media, en efecto, el dinero era del hombre: un simple medio de sustento. Hoy el dinero es un fin, y el hombre se pone a su servicio (dentro de una maquinaria inmisericorde, que persigue propósitos ajenos a su propia intimidad). Se muere para obtener un beneficio, invisible a menudo, que no se emplea en mejoras persona-

les, sino hacia un nuevo y mayor beneficio. Sus antiguos aliados -el Estado y la sociedad- engañan al hombre: la acumulación de capital, el consumismo, la cultura de usa y tira, no favorece en su progreso. De ahí que el individuo se pierda en un desierto solitario, sin trabajar ya para sí y para su cumplimiento, sino en función de fines pretendidamente sus superiores entre los que su pequeña alma se asfixia.

Detengámonos para ver cuál sea la situación del hombre de hoy a este respecto, la situación exacta de cada uno de nosotros. Se nos llena la boca proclamando que en nuestra área cultural de hombre ha sido por fin liberado de sus cadenas, de las necesidades que lo animalizaban, del autoritarismo religioso o político que lo estranguló. Pero ¿es cierto? Porque junto a una libertad creciente -en teoría, solo en teoría: lo desmiente y lo practica- brota una ansia descarada de dependencia y de sumisión. Hay una aceptación -no siempre expuesta, no siempre reconocida- de los regímenes totalitarios, todavía demasiado próximos a nosotros como para echar en saco roto sus advertencias: comunismo, nacionalsocialismo, teocracias, fascismo, integrismos, dictaduras, regímenes carismáticos. Pero, aún antes de referirnos a tales sometimientos externos, vamos a observar aquellos otros podadores y aún taladores de la libertad -que nosotros albergamos dentro de nuestro propio corazón.

Hablemos, por ejemplo, de la libertad religiosa. A todos nos parece reconocida y garantizada. Pero, ¿para qué le sirve tal libertad a un hombre que ha perdido su credulidad, su capacidad de fe, o que bascula entre una y otra secta sin que, fuera de sí, se pose ya en ninguna? ¿De qué le sirve la tan cacareada libertad de opinión, si no tiene opiniones personales, si la sociedad se ocupa de que se atenga a las opiniones de prêt à porter o de Reader's Digest que ella le suministra? ¿De qué sirve la libertad de expresión, en un mundo en que los hombres obran *ad exempla* -es decir, no conforme a la razón, sino conforme a la mayoría -, y cada cual es «fan» de alguien al que copia, y la sociedad, a través de «slogans» o antenas, le impone sus criterios económicos, sus criterios estéticos, políticos o bélicos? De qué le sirve al hombre la libertad de acción o el ejercicio libre de su propia libertad, tan tardía y tan costosamente conseguida, si las aspiraciones que con todas sus fuerzas cumple son solo en apariencia suyas? Qué pocos los que se preguntan cuáles son en realidad los verdaderos deseos; qué pocos lo que se preguntan si aquello por lo que se dejan la sangre y la vida no es más que lo que escuchan decir a la radio

o a la televisión que merece el sacrificio de su vida y su sangre. ¿De qué le sirve al hombre una libertad decisión embadurnada por coacciones subliminales o expresas? Hoy una decisión personal, planeada, de dentro a fuera y de abajo arriba, es algo insólito. (Sin embargo, pertenecemos a una sociedad que descansa, constitucionalmente, sobre las decisiones autónomas e individuales de sus miembros.) ¿Puede alguien decirme de qué le sirve al hombre haberse liberado de las trabas que apenaban a nuestros antepasados, rotas por nuestras democracias de las que tan orgullosos nos sentimos? Mirémonos anegados de prohibiciones, de impedimentos, de límites, de angustias; echando de menos, entre la cantidad de nuestras numerosas libertades pálidas, la calidad de una básica y esencial: la que nos permitiera realizar nuestro yo, y creer y esperar en nosotros mismos y en la vida. ¿Quiere alguien decirme para qué sirve la libertad de elección a cada hora del día o de la noche? Porque la publicidad ha acabado con ella: la publicidad dirigiéndose no a la razón, que es el verdadero campo de la libertad, sino a la emoción, que es mucho más fácil de seducir. La publicidad emplea métodos irracionales de sugestión: la repetición, la confusión del atractivo con un perfume, de la realización con un coche, del amor con un piso. Y el hombre dimite ante tales mensajes de su capacidad de juicio; se abandona, atado de pies y manos, a los verdugos de la publicidad. Lo mismo sucede con su libertad de participación política. Porque, ¿qué elecciones son las de hoy? Desmochada cualquier crítica, inutilizado cualquier raciocinio, se trata de vendernos al candidato más hábil, más guapo o más rico. Frente a poderosos partidos, el anonadamiento del seudo-elector es evidente. Solo cuenta con dos o tres opciones bien promocionadas; dos o tres productos en oferta. Como dice mi Séneca del Beneficio de la Duda: «Antes se elegía al jefe entre todos por su alma: ¿quién sabe ya lo que es el alma? Ahora se piensa que el mejor es el más ostentoso. La democracia no era antes elegir una vez y someterse luego al elegido; fue mucho más: colaborar con él y seguir eligiéndolo día a día. Ahora, aquella libertad de elegir, corrompida, se ha transformado en esclavitud bajo el que manda. «La libertad ha muerto». Es verdad: la propaganda comercial y la propaganda política usan los mismos métodos contra la libertad de quien elige: lo hacen creer imprescindible, lo adulan, lo envuelven, lo manejan, lo engañan.

A estos trampantojos internos, provocados por la jungla exterior, agréganse, dentro del hombre, dentro de cada uno de nosotros, los temores a la complicidad de un mundo que le excede, y unas leyes económicas que ignora o no comprende (hipermercados, macroeconomías, macrocosmos, bolsas, inversiones ininteligibles) y la intimidación del paro, y la intimidación de la vejez, y la intimidación de la guerra o de la soledad. Después de esto, ¿qué queda en nuestras sociedades de la libertad de que tan ufanos nos sentimos? El hombre actual está a punto de ser descerebrado y llenada su cabeza de frases y pensamientos y opiniones prefabricados; está a punto de transformarse el hombre actual en un hombre henchido, para que no ose mantener ninguna idea rebelde u original, con datos que en lugar de acercarlo lo alejan del conocimiento; transformarse en un hombre asaltado por miles de informaciones que han acabado por deformarlo y hacer que se considere relativa cualquier verdad; un hombre anegado de confusiones provocadas en buena parte por quienes debían de transmitirle la cultura; un hombre que oscila entre el escepticismo y el cinismo, o se conforma con aceptar como un niño desvalido lo que cualquier poder, sin darle explicaciones, le asegure, un hombre a cuyos ojos se ha destruido la estructura del mundo y se han extirpado a la vida sus más altos fines: porque uno y otra, el mundo y la vida son para el hombre actual como trivial, ese juego de preguntas y respuestas, sin más objeto que ganarle la partida al contrario. El hombre actual no se plantea la cuestión previa a todas: ¿Han nacido los pájaros para volar o vuelan porque tienen alas? ¿Ha nacido el hombre para razonar o para ser libre? No, no, las alas de los pájaros, y la razón, y la libertad del hombre, no son más que instrumentos para alcanzar algo. El Universo entero gira asombrado en torno a una interrogación: ¿para qué? ¿Habremos nacido para morir? No, se muere, pero la muerte es otro enigma distinto. Antes de morir está el enigma de la vida, de esa invitación, de ese licor, de esa melodía obligatoria. ¿De la vida sólo? ¿Vivir para vivir? La indiferencia ante estos temas nos produce un vacío de inimaginables consecuencias. Las concepciones del destino, de la serenidad, de la vida y de la muerte no se han acompasado a nuestro aparente progreso; no se han acompasado a nuestra proclamada inteligencia.

De ahí que yo considere las más grandes palabras de nuestro idioma, de nuestro hermoso idioma, dos brevísimas: yo y no. Yo, como la afirmación de la individualidad; no, como amparo contra todo lo que quiere invadírnosla y arrebatárnosla. Pero, hasta en la afirmación del yo, hasta en esa afirmación se solapa otro peligro. Porque junto al yo real existe otro yo, el social. Es aquel por el que actúa y por el que se mueve el hombre de hoy: ese hombre que desconoce su yo real (y no osa investigarlo), cuya frustración despierta la codicia del yo social. El yo social es un yo despersonalizado, que hace del hombre un autómatas identificado con su alrededor y receptor de unas consignas ante las que se doblega. El yo social es, como un papel repartido por los poderosos (sucesiva o simultáneamente: iglesia, Estado, conciencia, sentido común u opinión pública como instrumentos del conformismo; un papel, digo, representado por actores, por nosotros, que olvidaron sus propios sentimientos o que jamás los conocieron, y que son solo robots que se hacen ilusiones de ser individuos dotados de libertad. Como en el Calderón del libre albedrío: «Sueña el rico en su riqueza, /que más cuidados le ofrece; /sueña el pobre que padece /su miseria y su pobreza; /sueña el que a medrar empieza; /sueña el que afana y pretende; /sueña el que agravia y ofende /y en el mundo, en conclusión, /todos sueñan lo que son, /aunque ninguno lo entiende» Cada uno piensa, siente y quiere, (hagamos si no un examen de conciencia) lo que cree que los demás suponen que, por su condición y estatus, debe pensar, sentir y querer. Cuanto mayor sea la pérdida de identidad, más profunda será la exigencia de servidumbre. Porque el hombre actual se pregunta: «Si no soy lo que los otros piensan, ¿qué seré?» Nadie. Nada. Se les desvae, buscándola, la personalidad, y sobreviene la paranoia. Nos proponen que seamos diferentes, pero nos visten con ropas idénticas, y en coches idénticos. Nos aferramos a clanes que nos individualicen y nos distingan, pero somos seres intercambiables, que galopan hacia la frustración y hacia la locura.

Es decir, el hombre se ha desatado de los obstáculos y de los vínculos que le impedían pensar y obrar libremente; el hombre, hoy, estaría dispuesto, estaríamos dispuestos, para actuar según su propia voluntad. Pero no la tiene, y además ya no sabe. Se ha perdido a sí mismo. Y tras su máscara de euforia y de satisfacción por vivir en una época tan avanzada, oculta un clamor de soledad hacia el universo, y un clamor de impotencia. En sus manos tiene la vida que, al no ser vivida, lo conduce,

a la desesperación. Y lo pone al borde de admitir cualquier ideología o cualquier líder o cualquier moda o cualquier droga. Con tal de parecer diferente sin serlo. Con tal de ser tenido como individuo sin que lo obliguen a recorrer el largo camino, afilado y penoso, del pensamiento individual.

Ante una situación tan crucial, ¿qué soluciones caben? Una, negativa: retroceder; retornar al origen; superar el aislamiento, fusionándose con la Naturaleza, es decir, animalizándose en el edén previo a la queja y a la manzana, olvidarse de la individualidad y atenerse a la especie; abdicar de la libertad llámense fascismo o antifascismo, y rendirse con la misma pasión que nuestros antecesores pusieron en sublevarse.

¿Y no habrá una solución positiva: una posibilidad de que aquello que con tanto esfuerzo se logró sea ejercido? ¿Estará el hombre moderno, hasta en sus más altos ideales, condenado al fracaso? Es difícil saberlo. Para salvarse necesitaríamos un hondísimo strip-tease: una danza de ocho velos, no ya de siete; una larga travesía por el desierto hasta encontrar un diminuto oasis de libertad, que probablemente no satisfaría a casi ninguno de los exploradores, y cuyas penalidades acobardarían por supuesto a los demás, a los menos osados. La solución positiva de que hablo -la libertad auténtica- no puede apoyarse sino en la actuación espontánea de la personalidad, verdadera e irreplicable en cada ser humano. O sea, transcurrirá por una doble vía: la libre voluntad no manipulada y el individualismo diferenciador. Solo por este camino, que está entre este paréntesis, el hombre será libre sin sentirse solo; el hombre será independiente sin desgajarse de la Humanidad; el hombre será crítico sin ser devorado por las dudas.

Pero, ¿qué entiendo yo o qué entendemos por voluntad libre, por voluntad espontánea? Entiendo una aceptación de la personalidad de cada cual, sin que se reprima ni la menor parte de ella, sin ocultamiento de aquellas zonas que contradigan la llamada normalidad (una normalidad que se confunde siempre con la costumbre o con la frecuencia), que cada cual sea realmente como es. La eliminación de las distancias entre la Naturaleza y la razón, la integración del hombre como animal racional: Dionisios y Apolo a la vez; rectilíneo y curvo; sobrio y ebrio; mágico y censor. En esa espontánea concreción y realización del yo -del yo real, no del yo social, es decir, del actor, no del personaje- es donde el hombre

se reunirá con el hombre, o sea consigo mismo, y con su Naturaleza, en cuanto la Naturaleza no deba ser aniquilada sino obedecida. Si esto es así, el trabajo se convertirá en un acto de creación: no ya un castigo, sino una emanación lógica; no ya algo forzado, sino un derecho totalizador. Así, actuando así, el amor llegará a ser lo que es: una unión con el otro, una afirmación del otro en uno y viceversa; no una eliminación de los pronombres personales, no, sino en su exaltación; un impulso dinámico que no elimina la individualidad, sino que la subraya. Así, actuando así, por fin, esa voluntad que está trabajando y que está amando se instalará libremente en la vida y percibirá sus enormes beneficios: desde los placeres sensuales y más inmediatos (del que come, del que bebe, del que ama) hasta la participación de la más noble actividad política, juzgando el entorno y mejorándolo. Tal voluntad espontánea, jubilosa y activa, nos salvaría. Porque nos haría poseedores de lo nuestro ; y lo inherentemente nuestro no son la propiedades materiales, ni siquiera son las dotes de sensibilidad e inteligencia con que cada uno contamos: lo nuestro es todo aquello con lo que nos relacionan nuestra inquietud y nuestra actividad creadoras. La creación, en un amplio, en un amplísimo sentido, es lo único que importa. No por sus resultados -ni el fracaso, ni el éxito-, sino por sí misma. Porque en sí misma lleva su propio gozo, su propia vibración, su propio camino de realización, su implicación en el mundo irradiante con el que tenemos que confundirnos. La vida nos posee a nosotros, no nosotros a ella: somos su cauce y su utensilio. Lo que define a un ser vivo es que vive, es decir, que transcurre y que se arriesga. Porque el reino de cada hombre, como todo reino, está junto a un abismo.

La segunda vía, el segundo paréntesis por donde avanzará esa posible solución positiva es la individualidad. Cada yo real, cada hombre, cada mujer, son únicos, absolutamente únicos. Ante la ley todos somos iguales, iguales en derecho a la vida, a la felicidad, a la libertad, a no ser dominados por otros. Pero si, aparte de esto, todos fuésemos iguales, todos seríamos peores. El yo -ese yo distinto en cada uno de nosotros- es el poder más alto de este mundo, es el contradictor y el favorecedor del nosotros, que sin cada uno de los yoes, no existiría. (Si a un hombre se le puede considerar un desecho por los otros hombres, toda la humanidad entera es un estercolero.) El individuo es el protagonista temporal de la vida, y jamás podrá ser subordinado a ningún otro fin, y mucho menos a

ningún otro medio. Salvo que libremente el yo se subordine. Ese es el mecanismo de los ideales, esa subordinación, (de los ideales elegidos, no de los ideales coactivos; de los ideales que van a favor de la vida, no de los ideales que van en contra de ella). Ese es también el mecanismo, esa subordinación voluntaria es el mecanismo de los sacrificios (hasta el sacrificio de la vida, cuando el yo real físico se ofrezca a los propósitos del yo espiritual que no debe jamás ser postergado).

Por tanto, en el cumplimiento de la voluntad individual y espontánea es donde se asentará la libertad verdadera. Que es difícil, lo sé, entre otras cosas, porque la libertad no se conseguirá nunca del todo con amor, como la vida. Llegaremos en ella hasta donde podamos, hasta donde nos alcancen las fuerzas. Pero será así en esa voluntad individual y espontánea donde se asentará también la sociedad verdadera, en la que el fin de la cultura sea el desarrollo y el bienestar del individuo; en la que la vida no necesite justificarse por la riqueza ni por el éxito. La vida verdadera y la sociedad verdadera en la que el hombre no sea reducido ni inmolado por poderes exteriores a él, ya se trate de Estados o de economías, de religiones o de amenazas. La sociedad verdadera en la que los ideales no sean el resultado de imperativas y de turbias aspiraciones de los dirigentes, sino una flor que nazca desde el propio corazón, como una rosa en que quepan todas las primaveras. Esa sociedad verdadera en la que el hombre pueda ser libre sin ser rico; fuerte, sin usar uniforme; heroico, sin tener que morir; justo, sin creer en la inmortalidad; solidario, sin estar vigilado; y superior, sin ser cruel. Yo ignoro si el mono, perfeccionándose meticulosamente, se hizo hombre; sé que el hombre, perfeccionándose, puede hacerse de alguna manera dios. Porque la divinidad no reside en la omnipotencia, ni en la eternidad, ni en la inmutabilidad. Quizá ser dios consista en -Cristo en el fondo lo dijo- ser hombre verdadero hasta las últimas y mejores consecuencias. He ahí lo que debemos proponernos como meta. Nosotros jamás la alcanzaremos. Pero quizá alcancemos la esperanza de que el hombre llegue a ella algún día. De nosotros, de todos nosotros, de cada uno de nosotros, depende. Y os juro que es bastante.